

## ***EN TORNO AL REALISMO Y OTROS ENSAYOS DE SANDRA CONTRERAS***<sup>1</sup>

**Sobre** Sandra Contreras. *En torno al realismo y otros ensayos*. Rosario: Nube Negra Ediciones, 2018. 228 pp.

*Analia Capdevila*  
Universidad Nacional de Rosario

Fui testigo del proceso de la escritura de este libro, sobre todo al comienzo. Recuerdo perfectamente, aunque no puedo precisar bien el año – ¿fue en el 2004 o en el 2005? – la tarde en la que Sylvia Saítta nos entregó en mano, en el Laurak, los *Ensayos sobre el realismo* de Georg Lukács. Por entonces el libro no se conseguía en Rosario. Veníamos charlando con Sandra sobre el tema, ella ocupada en César Aira, yo en Roberto Arlt. En una de las librerías de enfrente de la facultad encargamos dos juegos de fotocopias anilladas. No exagero si digo que todo cambió para nosotras, por diferentes motivos, en diferentes sentidos, a partir de la lectura de ese libro.

Como lo cuenta en las primeras páginas, Sandra llega a Lukács de la mano de Aira, porque Aira en aquella época se presentaba como un escritor lukacsiano. Contra cualquier prejuicio que pudiera considerar aquella afirmación como una bravata, una prueba más de ese esnobismo provocador al que Aira ya por entonces nos tenía tan acostumbrados, Sandra se la

---

<sup>1</sup> El siguiente texto fue leído por la autora de la reseña en la presentación del libro, el viernes 3 de agosto de 2018, en la librería Oliva Libros, de Rosario.

tomó en serio y comenzó a investigar las razones de lo que parecía a primera vista sólo una declaración escandalosa. Fue por eso que comenzó a leer al Lukács de los años 30 y 40, al Lukács que en Moscú, en una colección de ensayos en los que lee a los más grandes novelistas del siglo XIX y a Balzac, sobre todo a Balzac, consigue escribir su extraordinaria teoría del realismo como reflejo. Tuve la oportunidad de discutir con ella sobre no pocos asuntos de esa teoría. De esas discusiones guardo impreso como documento escrito los correos que intercambiamos entre agosto y septiembre de 2005. Ahora que los vuelvo a leer puedo reconocer el modo en el que Sandra avanzaba sin saberlo sobre el libro virtual, en potencia, sobre el libro que se estaba escribiendo, ajeno a su voluntad, y lo hacía con cautela, pero con decisión, sin declinar en ningún momento su máxima exigencia de rigor conceptual.

Este episodio compartido de nuestra biografía intelectual no pudo dejar de influir hoy, a la distancia, en mi lectura del libro y es la causa que hace que mi comentario, desde ya lo anticipo, sea sesgado - ¿pero qué lectura no lo es? -.

Menos comprensiva, mucho más incompleta e intencionada, mi lectura del libro se impuso entonces como la de una suerte de cuaderno de bitácora del curso de una investigación. La ocurrencia se vio propiciada en primer lugar porque los ensayos están datados, tienen fecha, lo que volvería legítimo leerlos como “entradas”. Pero, además, porque desde la primera frase, Sandra no deja de registrar, como si lo hiciera en un diario de viajes, las circunstancias de su recorrido: de la “melancólica impresión” de no haber llegado al lugar al que se dirigía, que se registra en el prólogo, a los “periódicos desvíos”

indicados en el momento justo, a los rodeos necesarios, a los inevitables regresos, y sobre todo, a los contratiempos que surgieron sobre la marcha.

En el punto de partida, donde se inicia el trayecto, encuentro algo así como una ocurrencia contrafáctica, una feliz ocurrencia que, parafraseando a Sandra, podríamos enunciar de este modo: ¿Qué ocurriría sí, para leer nuestra tradición local del realismo, en lugar de tomar como paradigma teórico al tercer Lukács, al Lukács del realismo crítico, tomáramos al segundo, al de *Los ensayos sobre el realismo*, al que lee como nadie a nuestro querido Balzac? ¿Qué hubiera pasado en nuestra versión de la historia del realismo en Argentina, si en el principio de todo, hubiera sido el Gran realismo y no el realismo promedial nuestro predicamento? O, para decirlo con los nombres de autor que más nos convienen: que hubiera pasado si en el momento inaugural de la serie – “momento clásico” lo llama Sandra-- hubiéramos puesto a la novelística de Roberto Arlt –donde se precipitan, como en un compuesto químico, su irrenunciable voluntad de realismo con una fantasía desenfrenada, donde el efecto de realidad derrapa en delirio— en lugar de poner a la novelística de Gálvez o a la de los naturalistas de la generación del '80 –la del costumbrismo mimético, más o menos medido, prolijamente cultor del color local, que tiene como único *posible* un devenir crítico: la crítica es la fase superior del costumbrismo-- . Un cambio de valores,

sólo uno, la invención en lugar de la verosimilitud, nos invita entonces a emprender *otro viaje*.<sup>2</sup>

En el doblez del argumento inicial —una conjetura en contra de los hechos tal cual ocurrieron— se reconoce en principio la dimensión polémica del libro de Sandra, su diálogo controversial con María Teresa Gramuglio, con Beatriz Sarlo, con Martín Kohan, con Graciela Esperanza, con David Oubiña, doy sólo algunos nombres representativos de una línea de interpretación, de lejana procedencia marxista, a la que Sandra le señala, creo yo que con entera justicia, los límites, sobre todo los límites de su lectura del realismo.

Y es que, como no podía ser de otro modo, el realismo no deja de presentarse, tampoco para ella, como un “objeto contencioso”, la definición misma de lo que en la jerga académica se conoce como “un campo problemático”; o, en palabras de Sandra, si se quiere más coloquiales, un asunto con el que hay que “lidiar”. En principio por el descrédito que padece frente al prestigio de la vanguardia, con la que se lo quiere reconciliar a toda costa. Tanto o más que la vanguardia, con toda su parafernalia de imaginería bélica, el realismo se afirma en un campo de batalla. Con la salvedad, claro está, si sostenemos la comparación, de que la batalla se plantea hacia adentro. El realismo no necesita, como la vanguardia, ninguna

---

<sup>2</sup> Se me ocurre ahora que lo pienso una digresión. Ese viaje nos fue vedado también por Borges, por su lectura, también sesgada, de la tradición novelística argentina, para la que reclamaba, en la reseña de *Las ratas* de José Bianco “una renovación”, “tan abatida [como estaba] por el melancólico influjo, por la mera verosimilitud de los Payró y de los Gálvez”. Y esto en el año 1944, ignorando por completo (¿exprofeso?) que esa renovación ya había ocurrido, y de un modo radical y completo, con la publicación de las novelas de Arlt.

hipótesis de conflicto con enemigos externos. Le basta con el fuego amigo. Por eso, de Engels en adelante, desde aquella famosa carta a Margaret Harknes, se habla del triunfo del realismo. Del triunfo del realismo sobre Balzac, sobre los prejuicios políticos de Balzac, que no le impidieron representar (como nadie) lo propio de su tiempo (histórico). Y esto, hay que decirlo, porque supo convertirse en su *médium*, en el escritor a través del cual el presente de su época se refleja, “en su máxima expresión”, “en el pleno desarrollo de sus potencialidades latentes”, “en el desenvolvimiento aún incompleto de sus posibilidades” —estoy parafraseando a Lukács.

Triunfo, entonces, o conquista. Pero ¿conquista de qué?: de más realismo. “Sed de verdad, fanatismo de realidad”: con Sandra nos gustaba repetir cada tanto esta frase exaltada de Lukács como si fuera la expresión sumaria, bellamente expresada, de una ética, no tanto de las obras como de los escritores realistas, no tanto de los logros obtenidos por ellos como de la ambición que los lanzaba a insistir en sus tentativas. Sandra es consecuente con esta idea: más que de un realismo adjetivado, con sus atributos de ocasión --a ellos se refieren los adjetivos calificativos: realismo crítico, metafórico, sucio o delirante— se trata de un realismo sustantivo. Una cuestión de escalas a lo Auerbach o de grados (sobre todo de grados, enfatiza Sandra). De grados de aproximación a la realidad (el gran salto, si lo queremos decir con Nietzsche).

Desde esta perspectiva es que Sandra revisa y refuta dos determinaciones que hicieron escuela dentro de la crítica literaria argentina que se ocupó del tema: el realismo (y en

particular el de la novela) como género del presente (adscripto a una poética de la mezcla) y su función cognoscitiva (crítica) de la realidad, en una línea teórica que encuentra en la gnoseología de Lenin (en su segunda formulación) su principal referente. En el mismo sentido se ubican sus precisiones sobre lo que sería el procedimiento por antonomasia de este realismo, me refiero a lo que llama pulsión documental.

Pero además de este perfil –polémico, controversial: necesario— también me gustaría destacar del libro de Sandra lo que ese perfil mismo habilita. Me refiero precisamente a aquello que se trama en el “en torno a” al que alude el título, y que sería su tema, en tanto hilo conductor que vincula un ensayo con otro; esto es: la lectura de las experimentaciones *con* el realismo en la narrativa argentina contemporánea, que serían, para seguir con la metáfora del viaje, los puntos marcados en el mapa de su ruta. Sandra se ocupa de leer las diversas resoluciones formales de la cuestión y lo hace partiendo de la intuición, que da rienda suelta a un deseo extemporáneo -pero ¿qué deseo no lo es?- de que precisamente es el realismo el último bastión de la literatura, es el realismo el que permitirá su sobrevida, en el preciso momento en el que se discute la cuestión de su estatuto, de su posible desaparición. Es allí donde puede afirmar “su amor anacrónico”, yo agregaría incondicional, por una práctica en franca extinción.

Este sería el momento propositivo del libro; o mejor, su momento más eufórico, porque responde a la lógica libertaria de la invención. La invención de nuevos valores para leer *nuestro realismo*, para leer el realismo que más nos gusta. A saber: la desmesura de la forma frente a la sobriedad promedial; el

delirio irrefrenable frente a la prudencia o la sensatez; la inverosimilitud frente a la medianía como registro plano de la ilusión referencial y, sobre todo, la inocencia (no digo ingenuidad, digo inocencia) que se desliga de todo *pathos moral* y va directo, con alegría, al encuentro con la realidad –ahora estoy parafraseando a Nietzsche-, suprimiendo toda distancia crítica.

Y digo invención y digo euforia porque en la lectura de las obras esos mismos valores, que son los de un nuevo paradigma, aparecen, por efecto de la lectura de Sandra, “transfigurados”. Doy sólo dos ejemplos: “el vacío de representación” que Sandra lee como *punctum* poético en *Los lemmings* de Fabian Casas, en el mismo centro de su boedismo zen, a propósito del episodio de la fiesta en el Bajo Flores o la intuición de la vecindad del azul con la negrura, en el silencio dubitativo de Tomatis, verdadero *black out* de la novela, dice Sandra, que devuelve *La Grande* a *La mayor* por el camino de la epifanía, y de paso, permite el regreso de “su mejor Saer”, el fragmentario, cuando creía que lo había perdido para siempre.

Me gusta pensar, bajo la figura de la actitud, otra vez Lukács, una síntesis posible de todos esos nuevos valores. El realismo como una cuestión de actitud, de actitud hacia la realidad, algo que Lukács también plantea cuando habla de “vivencia” o de “participación” en su famosa oposición entre narrar o describir.

Lo que me da pie a plantear una última cuestión. Algo que vengo pensando en los últimos tiempos y que creí reconocer como sugerido o aludido en varios momentos del libro. Algo

que nos ofrece como problema para pensar. Tal vez haya que postular como momento protocolar del realismo ese en el que el escritor asume una perspectiva interior, o en el que interioriza un punto de vista (el de una clase, el de un grupo social, el de una identidad barrial o el de la tribu de una calle) – y no estoy hablando de identificación, recurso del que abusan las poéticas narrativas del populismo--. Quiero decir que en el realismo la visión de la realidad es siempre una *visión desde adentro*, y que esa visión sólo se supera, en un más allá de la identidad, por un movimiento acelerado, de fuga hacia adelante, en el mismo sentido. Estoy pensando en lo que algunos escritores –es curioso no que no sean críticos— reconocen en los personajes de Roberto Arlt –me refiero al “monstruo” de César Aira o la “la extranjerización en el seno de la sociedad” de Carlos Correas-. Ese movimiento que intensifica su velocidad es el que terminará disolviendo las identidades, necesarias al realismo desde el principio mismo de su emergencia como poética, método o estilo, a fuerza de máxima contigüidad con la realidad, en una zona de contacto directo. Algo así como el empaste con la materia.

¿No sería esta idea la ocasión que tenemos para considerar, desde otro lugar y dejando de lado el paradigma de las vanguardias históricas, el maridaje entre literatura y vida?